



SEMENARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

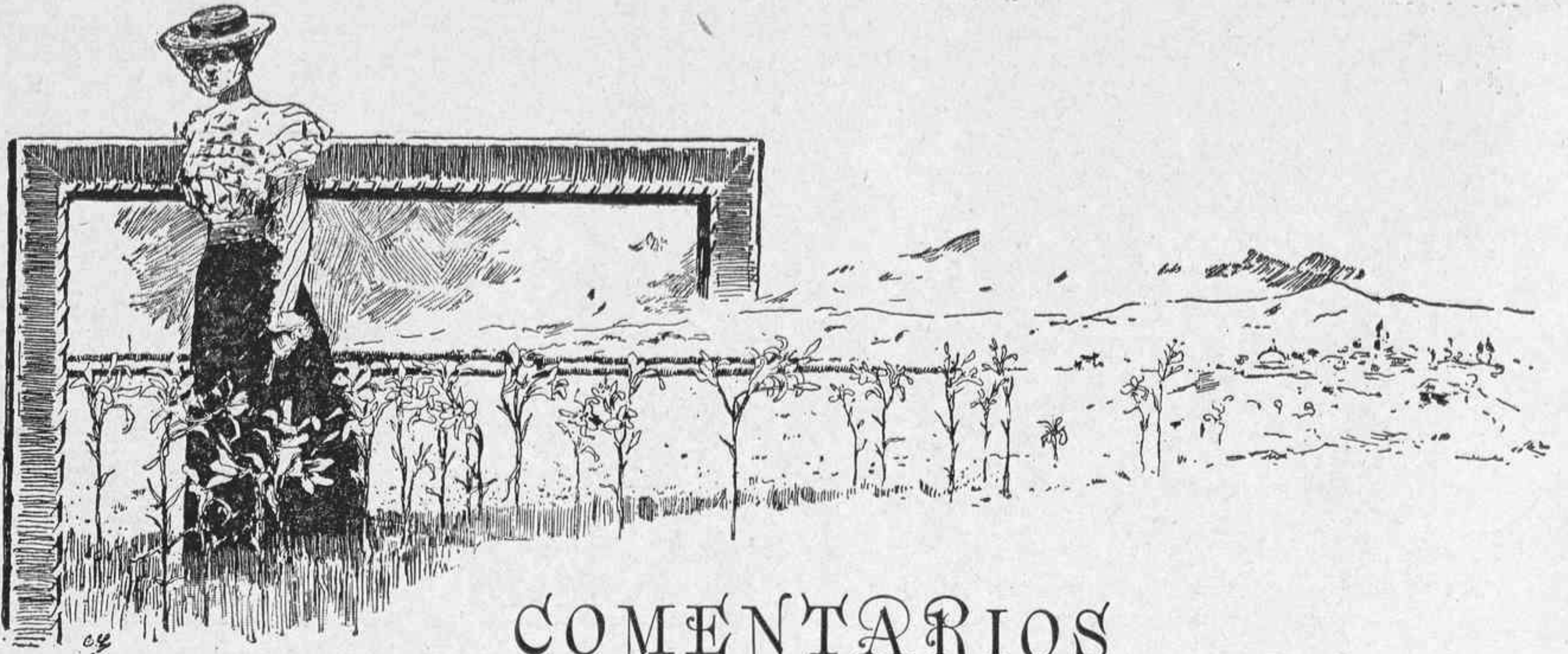
DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

NOTA DE ACTUALIDAD



FACHADA PRINCIPAL DEL NUEVO MINISTERIO DE FOMENTO.

(Fotog. de Compañy.)



COMENTARIOS

—No crea usted en esas leyendas de ingleses amigos de las curiosidades. No he tropezado en mi camino con uno solo que me haya propuesto comprarme ni por cinco francos los zapatos que llevaba.

Estas palabras son de un hombre feliz, completamente satisfecho de sí mismo y de la misión trascendental que ha realizado, recorriendo el mundo entero á pie y sin más capital que una peseta.

—Bueno, ¿y qué?—Es lo menos que se le ocurre á cualquiera contestar al andarín (*marcheur*) francés León Gaudeaux, que pasó hace días por Madrid, siendo agasajado, como impone la cortesía, y entrevistado por varios *reporters*, como pide la curiosidad.

—Bueno, ¿y qué?—Por fortuna es casi seguro que ningún historiador contemporáneo apuntará en su libro la narración de esa inútil caminata; pero si la recuerda alguno, ¡qué honor para el siglo XIX!

¡Haber inventado los ferrocarriles, las bicicletas y los automóviles, y ensalzar y glorificar á un simple peatón!

—¿Ha tenido usted, en sus aventuras en pueblos no civilizados, que salvar su vida matando?—preguntaron al infatigable andador.

—He matado solamente á diez y nueve—contestó con la mayor frescura.

Matar es, se le puede argüir, no con señas de incredulidad, sino con muestras de indignación. Porque supongamos que esos diez y nueve muertos eran pobres salvajes de África ó indios bravos del Far West, como ha dado á entender el *matador*; pero ¿qué derecho tenía éste á sacrificar la vida de diez y nueve semejantes, sin más razón que el cumplimiento de un capricho ó de una apuesta *de café*?

Hace poco me decía mi querido y admirado amigo Mariano de Cavia, á propósito de Nansen, el explorador de las regiones polares:

—Yo me pongo del lado de las focas y de los osos blancos, cuyo reposo ha sido turbado injusta é impertinentemente por un caballero particular á quien nada se le había perdido en aquellos lugares inútiles para la habitación humana.

Lo mismo afirmo yo respecto de Mr. Gaudeaux.

Me pongo de parte de esos diez y nueve salvajes á quienes todas las nuevas de la civilización que les ha comunicado el intruso francés han sido diez y nueve balas de revólver. Lo natural y lógico era preguntar á ese Sr. Gaudeaux:—¿Quién es usted? ¿Es usted Colón ó Legazpi ó Livingstone ó siquiera Stanley? ¿Va usted recorriendo el mundo por el arte, por la ciencia, por la industria, por el bien de la humanidad ó de una parte de ella? Santo y bueno: esas diez y nueve víctimas de la civilización invasora macizarán con sus cuerpos los sillares de algún edificio nuevo, de algún albergue ó refugio de la cultura universal, y quién sabe si de un palacio suntuoso á ella elevado. Pero convirtiendo el mundo entero en un camino, siendo un *judío errante* sin judaísmo.... ni cristianismo, ni voz misteriosa, nada se construye ni se edifica, y esos diez y nueve cadáveres, sean de calmuco, ó de asiniboines, ó de botocudos, ó de kirghises, perseguirán al caminante por todos lados, aun cuando él finja indiferencia al hablar de ellos, y se le aparecerán dondequiera, en los banquetes y en las fiestas con que le obsequien sus paisanos. Y, por fortuna, pensamos piadosamente que en la apuesta de que se trata no se habrá cruzado cantidad de consideración que incitase al lucro, porque en este caso se borraría el único aspecto simpático de tal empresa, el de constituir un esfuerzo grandísimo y desinteresado.

Se queja el Sr. Gaudeaux de que no le han recibido bien en la Mancha. Es natural. En la Mancha, hasta los pobres mendigan caballeros en su burro.—¿Quién es ése?—dirían al ver un *andante* descabalgado. Y en seguida sospecharían de él. No eran como él, no, los *andantes* de la Mancha, los de *lanza en astillero*, *adarga antigua*, *rocín flaco* y *galgo corredor*: aquellos que recorrían el mundo á caballo por servir á los débiles, amparar á los menesterosos, defender á doncellas y viudas.... Por acá, seor andarín, no cree-

mos que el mundo es un paseo, ni sacrificamos por pura fantasía á nuestros semejantes, cristianos ó no, ni andamos buscando ingleses que nos compren las alpargatas de camino como cosa *curiosa*.

¡Cuidado si es extravagancia, por todos conceptos, creer *cosa curiosa* las alpargatas de un viandante pobre!

*
*
*

El nombre de Legazpi, antes citado, me recuerda la inauguración de la bellísima estatua del grande hombre en su villa natal, Zumárraga.

Nadie ha olvidado los méritos de la estatua, que tan justamente llamó la atención del público en la última Exposición de Bellas Artes, y que el Jurado no creyó oportuno premiar, haciéndose con ello acreedor á las censuras generales.

La belleza de la escultura aparece hoy realzada por el sencillo y elegantísimo pedestal que ha trazado Juan Moya, uno de los jóvenes arquitectos de más brillante porvenir, y de cuyo talento debe esperarse muchísimo.

Buena falta hace que vayamos teniendo arquitectos con ideas nuevas, ya que obras no han de faltar si continúa desenvolviéndose la naturalísima tendencia á albergar las oficinas y establecimientos del Estado en edificios de nueva planta.

Y ya que se hagan tales obras, procúrese hacerlas con mejor gusto que la del flamante Ministerio de Fomento, cuyas cuatro fachadas parecen estanterías de una tienda de loza y porcelana. El tal edificio, al que se ha trasladado ya todas las dependencias que estaban en la Trinidad, es absolutamente feo, y, según he podido ver, absolutamente incómodo y mezquino por el interior. La ornamentación, al menos la que está al descubierto, es del género cursi más *subido*, predominando en ella la rica escayola, que tanto gusto da á *los señores* en comedores de fonda y salones de estación provinciana. Hay un *salón de actos* que va á ser una verdadera preciosidad; no es menos lujoso que el del Casino de Aravaca. De pasillos y escaleras obscuras sí que está muy bien el nuevo edificio, y al entrar en el portal, que es bastante ruin, se queda uno tristemente sorprendido con la presencia de dos *camas imperiales* á ambos lados de la puerta principal. «¿Quién es el muerto», pregunta el *espectador*; y el portero le señala una escalera que *se concluye* en seguida..... Lo mismo pasa con todo lo demás del edificio: *se concluye en seguida* todo él, y esta impresión desconcierta á quien estaba acostumbrado á las cien mil callejuelas, túneles, boquetes, encrucijadas y románticos recovecos del edificio de la Trinidad.

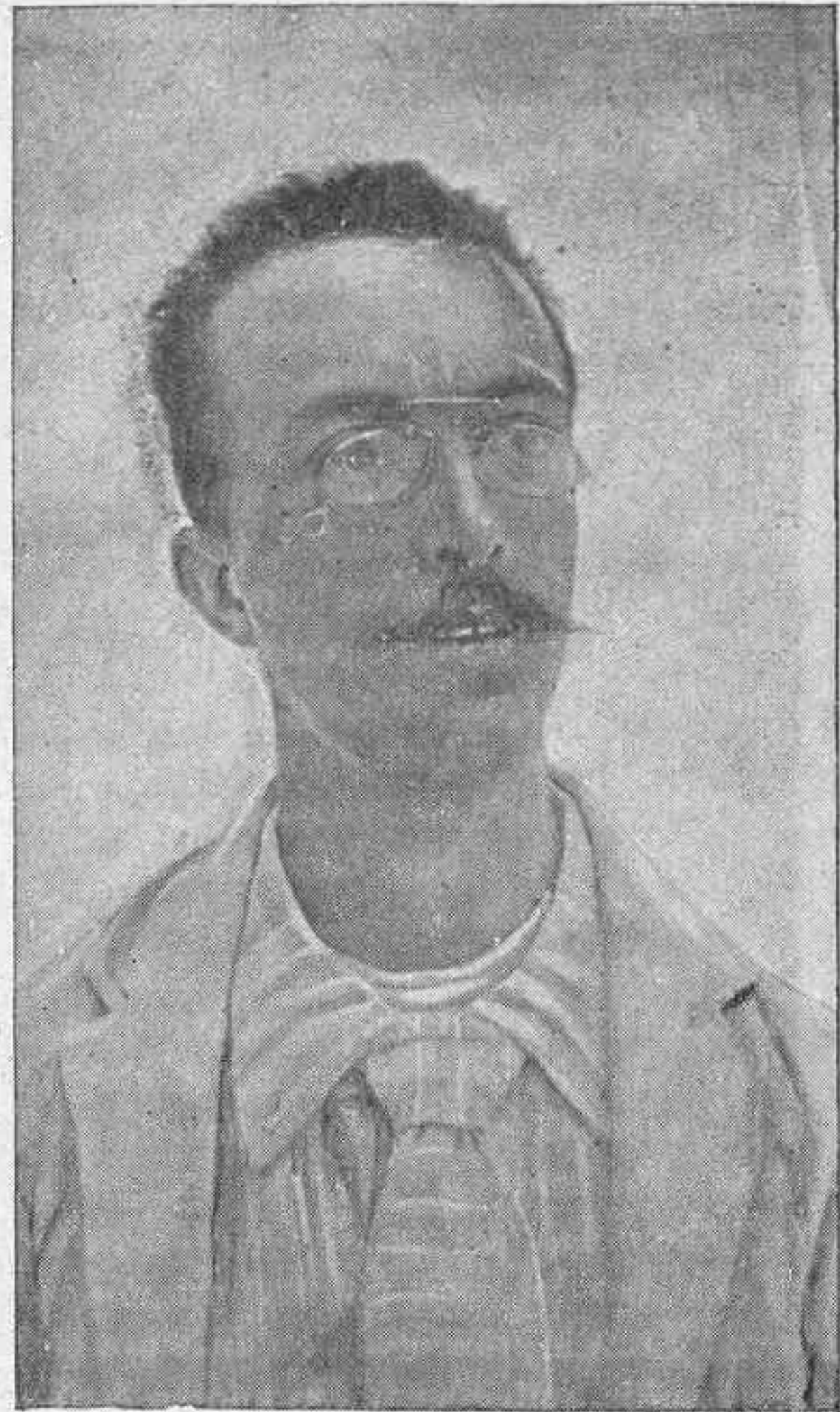
Creo que el nuevo Ministerio no fué proyectado para darle ese destino, y en tal caso ninguna culpa hay que echar al arquitecto ó arquitectos que lo han hecho como es, falto de condiciones, ahogado é incómodo; pero de todas suertes, las camas imperiales del portal y las *vajillas* de la fachada no pueden *convencer* á nadie.

*
*
*

Esos chicos que juegan á *la Cruz Roja*, francamente, abusan un poquillo. No hay calle ni plazuela en donde no se encuentre usted una *ambulancia* con camillas, bandera..... y música, que es lo peor.

La Cruz Roja debe ser una cosa respetable, y no asunto de mojigangas ni de juegos infantiles. Á mí, personalmente, ni siquiera me parece bien que ese honroso distintivo *se luzca* en otra parte que en los campos de batalla; pero, en fin, puede pasar que los grandes lo lleven, y hasta que se calcen espuelas y se ciñan sable, como si la misión de ellos no fuese puramente de paz y de caridad. Lo que no debiera consentirse es que los muchachos jugasen con esas cosas: porque el fin, digan lo que quieran los..... *termómetros*, no justifica los medios.

Además, como los chicos son el demonio, se suben á los tranvías y á los coches, y va á haber cada chichón y aun cada atropello, que será necesario que intervengan las ambulancias de verdad *para los heridos de Madrid*.



MR. LEÓN GAUDEAUX.

(De fotografía.)

F. NAVARRO Y LEDESMA.

LAS LENTEJUELAS



o es verdad, como te han dicho, que me case en un acceso de romanticismo, lo cual sería el colmo de la insensatez. Lo que hay de cierto es que en mi determinación ha influido poderosamente un episodio que sí, ¿por qué negarlo?, es algo novelesco. Pero tal vez hayan exagerado al referírtelo: yo te contaré la verdad.

Hacia más de dos años que visitaba á los Villamar. El marido es un bendito, la mujer una excelente señora, ambos buenísimos.... y de muy cortos alcances. La prueba es que se han casi arruinado por obstinarse en alternar y competir con familias de posición superior á la suya; y, lo que aun es más grave, que no han sabido educar á Venturita. El dinero se les ha escapado de entre las manos haciendo viajes de veraneo, dando de comer opíparamente á quien se burlaba de ellos, y la niña se ha hecho mujer sin tomar en serio la vida....., hasta que ha caído en mis manos.

—Ó tú en las tuyas.

—Como quieras: déjame seguir.

—Adelante.

—Tenía en Madrid fama de bonita y elegante, y no mentía la fama. Ahora que la conoces, dime si hay muchas tan monas y que se vistan con tanto gusto. Pero también tenía reputación de vanidosuela, voluntariosa, frívola, exigente.....; en fin, una verdadera calamidad: el resultado fatal del mimo imprudente y la condescendencia mal entendida. Las primeras veces que la vi me fué

casi antipática: es decir, me gustaron su figura y porte aristocráticos, su refinada elegancia, su ingenio, el timbre de su voz, y hasta cierta intencionada languidez en el modo de mirar, y, finalmente, todo aquello con que puede encantarnos una mujer que, agradándonos sobremanera, resulta, así, ¿qué sé yo?....

—Poco tranquilizadora.

—Exacto; porque sus caprichos, sus veleidades, su desparpajo en la conversación, su desprecio de cuanto es ó parece digno de respeto, me daban miedo. A pesar de lo cual, precisamente en esa falta de completo recato, en ese poco de valiente inmodestia, estaba su atractivo más poderoso.

—Lo creo.

—Su malicia no denotaba malignidad, su descaro no acusaba impudor: nada había en ella perverso ni malévol. A mí me parecía el tipo perfecto de la muchacha conocedora del valor de sus encantos y deseosa de verse codiciada.

—Pues en ese tipo hay grados, matices.....

—Bueno, yo la colocaba en lo mejorcito de la escala.

—Resumen: que estabas enamorado..... y en guardia; pero, como si lo viera, te habrás persuadido de que los atractivos son indudables, indiscutibles, esplendorosos, y las prevenciones injustas.

—Tal vez. Mas no estaría yo muy ciego cuando me propuse no darme por vencido, no hablarle como aspirante formal á su mano mientras no estuviera seguro de que, además de belleza, tenía corazón. Resolví estudiarla, aquilatar sus sentimientos, conocerla á fondo, bucear en su alma.....

—¿Cuántos años tiene?

—Diez y ocho.

—Pues estás fresco. ¡Cualquiera averigua lo que piensa y lo que siente una señorita madrileña de esa edad!

—Lo que yo quería era descubrir en ella, por astucia mía ó espontaneidad suya, un rasgo, un impulso, algo bastante poderoso á convencerme de que, además de ser bonita, era buena.

—¡Grave síntoma!

—Ya te he dicho que sus padres estaban medio arruinados. Durante el verano último no salieron de Madrid; en el otoño dejaron el abono del Real, y á los primeros bailes del invierno no asistieron, porque ni la madre ni la hija podían lucir trajes nuevos y tan lujosos como en ellas era costumbre.

Cierta familia amiga suya anunció en esto una gran fiesta, á que habían de concurrir las señoras y señoritas más ricas y elegantes de Madrid. ¡Figúrate qué disgusto! Ni la madre ni la hija tenían cosa nueva que ponerse; á la modista se le debía tanto, que, sin darle algo á cuenta, no era posible encargarle nada; remozar galas pasadas de moda era hacer pública y bochornosa confesión de su ruina, exponiéndose á ser tildadas de cursis. ¡Calcula qué conflicto!

—¡Horroroso!

—Después de cavilar mucho, y como último recurso, decidieron revisar despacio cuanta ropa les quedaba, por si daban con algo que pudieran aprovechar. No hubo percha, armario, cómoda ni arca que no registraran, resultando de esta busca que para la mamá no había cosa decorosamente utilizable; pero ¡oh fortuna! en lo más recóndito de un enorme cajón encontraron diez y ocho metros de cierta tela, de un tejido de seda hermoso y fuerte, fácil de plegar y susceptible de recibir cualquier forma y corte que se le diera, la cual tela hará dos ó tres años trajeron de París, y se les había quedado ol-

vidada ante nuevos caprichos: el color, que llamaban *rose languissante*, era, como su nombre indica, un rosa pálido, casi pajizo, de extremada delicadeza. Después de asombrarse y comentar con mucha gracia que aquella preciosidad pudiera haberse olvidado, resolvieron que no pudiendo presentarse dignamente, pues para ella no había nada, la madre renunciaría al baile, excusándose por enferma, y que, á fin de cubrir las apariencias y no darse por arruinadas, Venturita asistiría con su padre. El traje lo harían en casa, esforzando el ingenio, con ayuda de una costurera. Para colmo de suerte, hizo la casualidad que por aquellos días llegase de París un amigo de los padres de Venturita, pintor de exquisito gusto, famoso por su habilidad y fortuna en retratar grandes señoras, el cual, viendo la tela, hizo de ella calurosos elogios, y dijo: «Venturita, ¿te vas á hacer traje con ella?—Sí.—Pues, mira, por lo que te pueda servir, te diré una cosa. En París, hace muy pocas semanas, he visto en un baile una señorita con un traje de eso mismo, sencillísimo, liso, pero con una particularidad: que estaba todo, de alto á bajo, cubierto de lentejuelas pequeñas plateadas, puestas á distancias desiguales.... Comprendo que será pesado de hacer, pero vale la pena; no puedes imaginar nada más precioso.—¿No será demasiado llamativo? —¡Cala! Mira, manda traer un puñado de lentejuelas de las más finas, ponlas sobre la tela, cierra los balcones, enciende las lámparas eléctricas, y verás el efecto como si fuera de noche.» Hízolo Venturita y quedó maravillada, porque el brillo propio del tejido, los cambiantes que la luz hacía en los pliegues y el menudo centelleo de las lentejuelas, formaban un conjunto capaz de volver el juicio á la chica menos sensible en materia de trapos y perifollos. Finalmente, se escogió un figurín y comenzó la labor.

—Por supuesto que tú, para no ser menos que el pintor, darías también algunos consejos. ¿No entrabas al cuarto de costura?

—¡Búrlate! No; no me dejaban. Durante una semana, el único motivo de conversación en la casa fué el traje. ¡Y se lo vi puesto!

—¿Te convidaron á la prueba?

—¡Hombre, no seas atroz! No se lo vi poner; pero una tarde llegué casualmente cuando acababa de ponérselo para que lo aprobasen sus padres, y como ella es así, vamos, tan campechana, pues.... «que pase».... y entré. ¡Qué encanto!

—¿Ella, ó el vestido?

—¡Ella vestida! No puedes imaginar figura más artística: la cara una divinidad, el cuerpo un modelo, no.... no hay palabras.

—El delirio.

—Figúrate.... Los ojos oscuros, la tez pálida, el pelo de oro, el talle esbelto, los brazos admirables, el escote ideal, y todo ello medio envuelto, medio revelado por aquella tela entre rosácea y amarillenta, débilmente surcada de ráfagas blancas y tachonada de puntos brillantes que parecían chispas de plata. No, no hay descripción posible. Ríete de las figuras más gallardas de los pintores del Renacimiento, de las estatuillas griegas más delicadas, de las miniaturas francesas.... ¡Qué asombro, qué maravilla y qué prodigio!....

—Bueno; pero.... ¿y el episodio novelesco que determinó la desgracia...., quiero decir, la boda?

—Ahora viene, y tan novelesco que parece falso. Ante todo, recuerda lo que antes te dije: yo me había propuesto descubrir en ella algo poderoso á demostrar que á pesar de su ligereza, su frivolidad, su desparpajo, su lenguaje.... algo libre....

—Sí, todo eso tan alarmante.

—....Que á pesar de todo eso era capaz de buenos sentimientos, susceptible de compasión, de ternura. ¡Pues escucha!

El traje se acabó un sábado, el baile era al lunes siguiente; claro está que yo no había de faltar; se lo dije á Venturita, y ella me prometió bailar conmigo cuanto yo quisiera y hablar poco con los demás. Ten en cuenta que los padres de Venturita estaban casi arruinados, que yo soy rico, que ella sabía perfectamente la inclinación que había despertado en mí, y que el tal baile, por el triunfo que en el consiguiera y por el efecto que me causara, era una ocasión excepcional para....

—Entendido: para que quedases preso en sus redes como un pajarito.

—Pero yo no soy tonto; lo que yo quería era persuadirme de si ella tenía ó no corazón.

—Y habrás adquirido el convencimiento de que es un prodigio de sensibilidad y ternura.

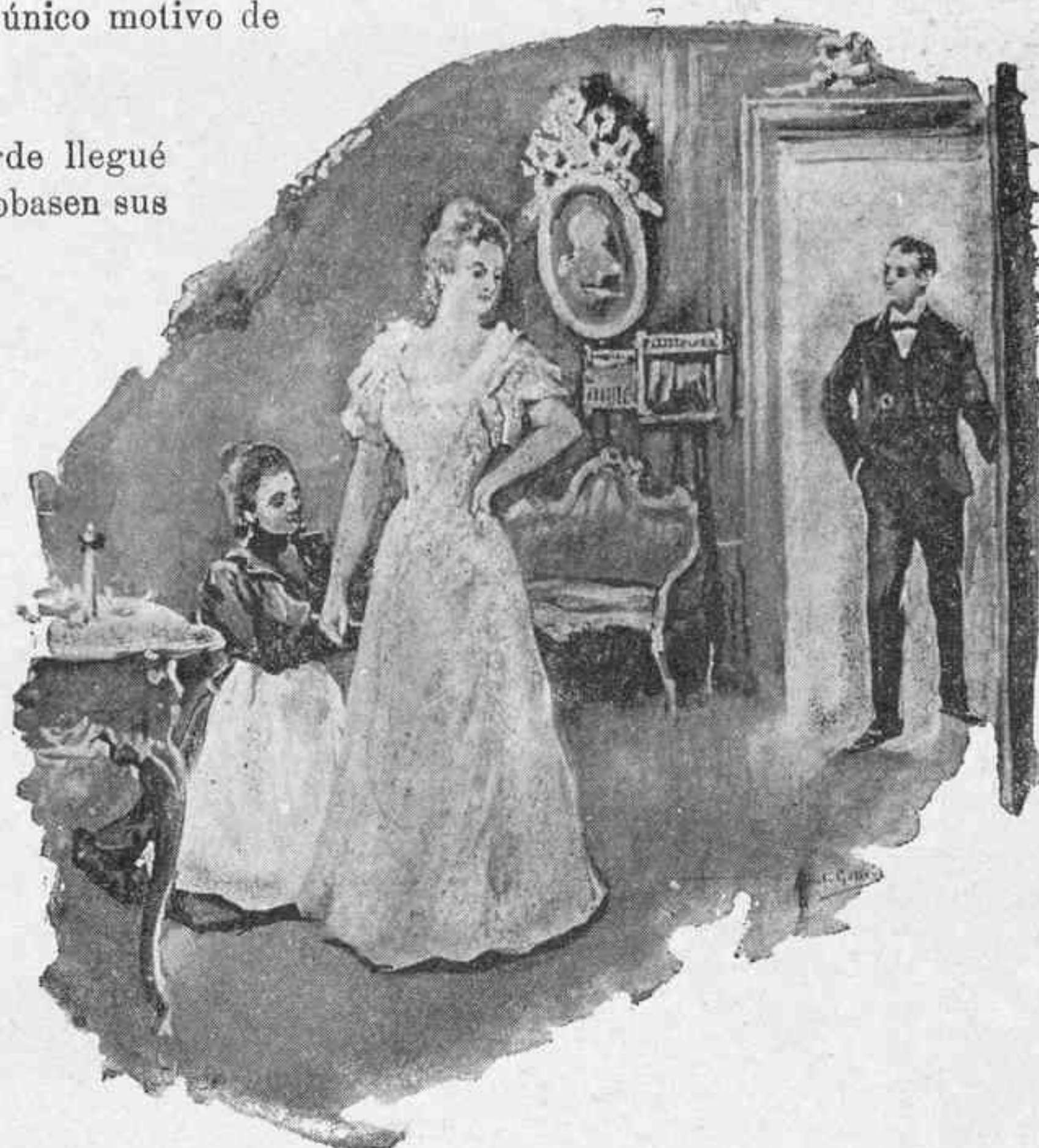
—Verás: el sábado comí en su casa, estuve con ella más insinuante, y ella conmigo más expresiva que nunca; nos despedimos hasta el lunes en el baile. No te hablaré de lo largo que me pareció el domingo, de mi impaciencia....

—Haces bien, vamos á la novela.

—El lunes llego al baile á las once, de los primeros: Venturita y su papá no estaban. Saludo á los dueños de la casa y me sitúo en el salón inmediato á la entrada: dan las doce, la una, las dos; se cena, comienza á marcharse la gente.... y, nada, que no fueron.

—¡Claro! Para que te desesperases y la codiciases más.

—Eso es lo que se le ocurre á cualquier escéptico vulgar como tú. A la mañana siguiente, temiendo que estuviese mala, fui á su casa: no había nadie; el padre había salido á ver á un abogado, ellas á misa. La doncella, chica lista que estaba á mi devoción más que Celestina á la de Calixto, aunque con más honestos fines, se sonrió al verme: «Tranquílcese el se-



ñorito, no está enferma» — me dijo. Y me contó lo siguiente; supongo que me perdonarás si al referírtelo lo adorno un poco sin querer, en virtud de la misma impresión que yo gocé.

—Si, hombre, entusiásmate todo lo que quieras.

—El domingo por la tarde no salieron: después de almorzar, mientras estaban tomando café, comenzó á sonar en la calle un piano de manubrio, de esos que han sustituido á los organillos que había cuando éramos chicos, donde un hombre viejo y una mujer que no lo era tanto tocaban polcas, jotas y malagueñas, al mismo tiempo de las cuales se oía repique-tear de castañuelas. La doncella, que estaba asomada al balcón de otro cuarto, entró de pronto en el comedor, y con esa confianza, á veces funesta, que suelen tener con las hijas de sus amos, dijo casi gritando: «señorita, asómese usted, verá usted qué criatura, ¡cómo baila!» Venturita se asomó. En medio de la acera, rodeada de un corro de gente, había una niña de doce á catorce años, muy espigada, morenilla, esbelta, grácil, delgada por su tipo y á caso más por falta de buenos alimentos, vestida con un traje ridículo y chillón de listas de todos colores, la cual bailaba al són del piano de manubrio, pero con tal gracia y donaire, con movimientos tan bien concertados, con tan honesta desenvoltura, que sólo pudiera compararse á *Preciosa*, la gitanilla de Cervantes.

—Supongo que esa cita no será de la doncella.

—No, hombre, es mía; yo he visto luego á la chica. Bueno, pues Venturita se quedó embelesada mirándola y quiso tirarla unos cuartos; sus padres no tenían suelto: entonces sacó una peseta y la echó á la calle: Excuso decirte si la chica bai-



laría con fe. En esto su padre, ó lo que fuese, dejó de dar vueltas al manubrio, y la niña, en vez de bailar, cantó; pero cantó unas sevillanas preciosas, uno de esos aires andaluces impregnados de vehemente y poética sensualidad, que parecía purificarse al pasar por sus infantiles labios.

—Tampoco eso es de la doncella.

—Ya sabes que Venturita es apasionada por la música. No conocía aquellas sevillanas, y quiso apuntarlas ó sacarlas al piano. Mandó á la niña que subiera, la entró al gabinete y la hizo cantar las coplas una, dos, tres, seis, diez veces, hasta que, no contenta con haberlas confiado al oído, rayó de cualquier modo un pliego de papel y las escribió. Mientras ella es-

cribía, la chiquilla comenzó á mirar y remirar cuanto la rodeaba, sillas y molduras doradas, almohadones bordados y figurillas de porcelana, cuadros y espejos....; figúrate la impresión de sorpresa que aquel lujo causaría en la pobre criatura. De repente, y aquí entra lo maravilloso, vió sobre un sofá un lienzo blanco, no tan bien extendido que cubriese completamente lo que debía tapar, y por bajo del cual asomaba otra tela de color de rosa, salpicada de puntos metálicos que brillaban extraordinariamente. La chica, comprendiendo por la forma de los pliegues que aquello podía ser una falda, pero sin imaginar que la hubiese en el mundo tan lujosa, no supo reprimir su curiosidad, y levantando el lienzo con la punta de los dedos, dejó al descubierto el traje que para el baile se había hecho Venturita. Tal fué entonces su asombro, que dando un grito exclamó: «¡Ave María purísima! ¿Pero esto es un vestido?» Volvió Venturita sonriendo la cabeza, y en tanto que la niña miraba las galas sin atreverse á tocarlas, repuso: «Sí, un traje, ¿no lo ves?—¿Y quién se pone esto tan majó?—Yo. —Pero no andará usted por las calles —No: es para un baile.—¿Usted también baila? ... No será como yo para ganarse la vida....»—acabó diciéndole tristemente la niña.

Callaron ambas: la chicuela sin acertar á expresar su admiración; Venturita mirándola compasivamente y procurando darse cuenta de los confusos sentimientos é ideas que debían bullir en el alma de la pobre muchacha, hasta que ésta, de improviso, sin apartar del sofá los fascinados ojos, dijo: «Ande usted, escriba pronto las coplas, que me quiero ir.»

Venturita....., tú no puedes comprender esto porque no la has estudiado; pero ¿qué vería ella en el semblante de la cantadora? ¿Qué adivinaría su perspicacia? ¿Qué emoción experimentaría su natural bondadoso? Lo cierto es que, según me ha dicho la doncella, se le iluminó el rostro de un fulgor extraño, animáronsele los ojos como si se le alegrase el alma con lo que se le acababa de ocurrir, y encarándose con la chiquilla, le dijo: «¿Y á ti te serviría ese traje?—¡Ya lo creo!—repuso; y hasta podría salir en un teatrillo, donde no me han admitido por no tener buena ropa.» Entonces Venturita, cogiendo el vestido de sobre el sofá y envolviéndolo en el lienzo, dijo: «Pues para ti; á mí me hubiera proporcionado una noche de placer, unas cuantas horas: tú lo usarás más tiempo.» Y dándole también unas pocas monedas de plata, la despidió cariñosamente.

La niña bajó las escaleras alocada de contento, y desde la calle, viendo á Venturita tras los visillos del balcón, le tiró un beso. ¡Ahí tienes lo que ha hecho Venturita! Me parece que, aparte su frivolidad, su desparpajo y sus genialidades, es un corazón de oro.

—Indudablemente el rasgo es bonito. Y te casas: ¿y crees que te casas por eso?

—Claro.

—Turbio. Cuando el hombre quiere hacer un disparate, lo primero que procura es justificarlo ante sus propios ojos.

—¡No creas en nada!

—Creo que no te casas porque Venturita sea buena, sino porque te pareció más hermosa que nunca el día que la viste tan engalanada. Te deslumbró y te cautivó la belleza como á la niña el traje.... Cada edad tiene sus lentejuelas.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

(Dibujos de Alcalá Galiano.)

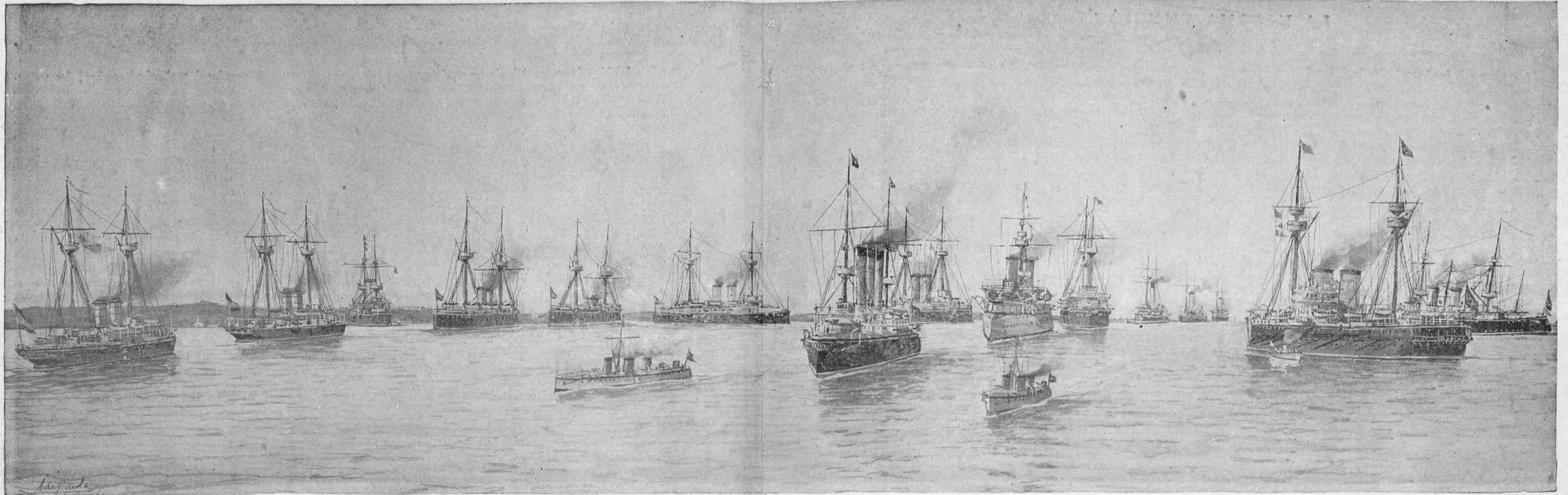


HUMORADAS

Con muy sabio criterio
se aísla entre pudores la hermosura;
que el encanto, es encanto mientras dura
la fuerza incontrastable del misterio.

¡Infiel! De mi alegría de quererte
sólo tengo guardada
una gran carcajada,
que soltaré en el día de tu muerte.

CAMPOAMOR.



Lepanto.

Alfonso XIII.

Princesa Asturias.

Vitoria.

Numancia.

Furor.

María Teresa.

Carlos V

Oquendo.

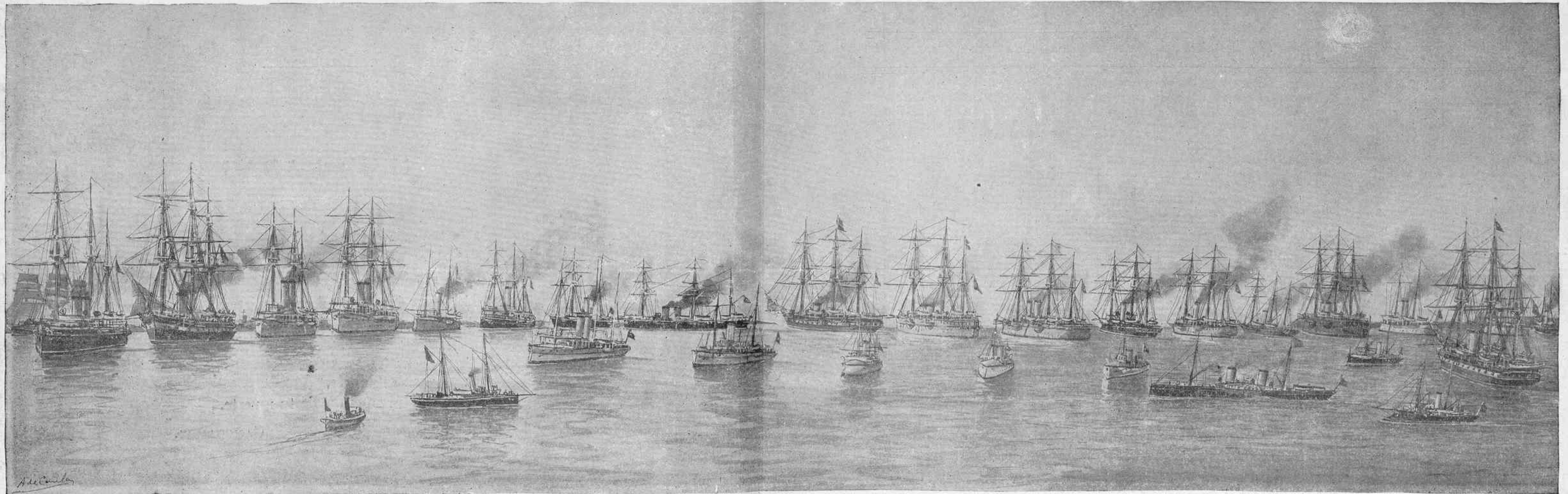
Cristóbal Colón.
Terror.

Vizcaya.

Marqués de la Ensenada.
Isla Cuba. Isla Luzón.

Pelayo.

Cardenal Cisneros.



Nautilus.
Navarra.

Lealtad.

Ulloa. Reina Cristina.

Nueva España.
Cocodrilo.

Venadito.
Destructor.

Alfonso XII.

Pizarro.

Almansa.
Habana.

Castilla.

Halcón. Reina Mercedes.

Jorge Juan.
Ariete.

Infanta Isabel.
General Valdés.

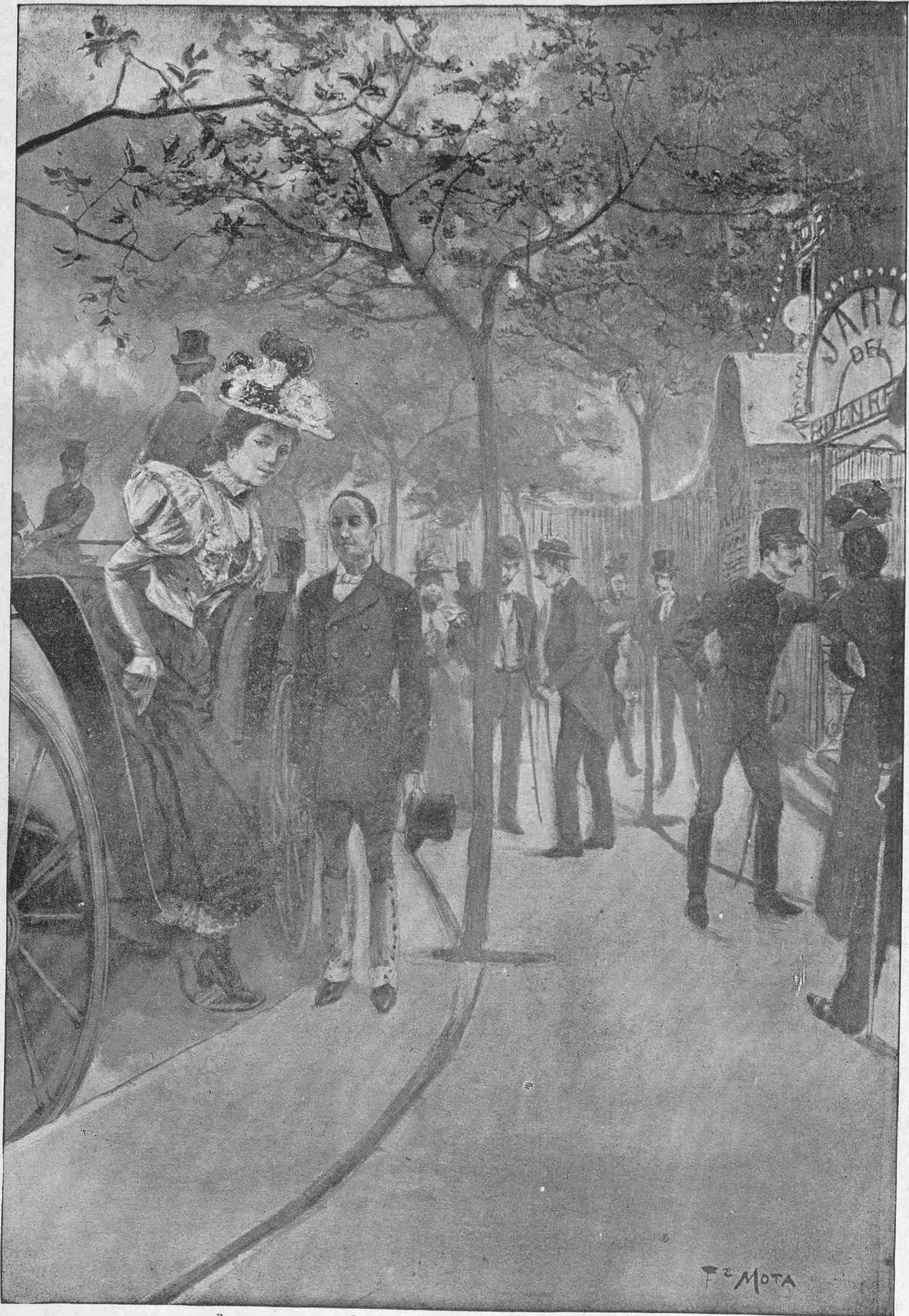
Urania.

Aragón.
Condor.

María de Molina.
Ebro. Gerona. Pelicano.

(Dibujo de Cauia.)

LA ULTIMA FUNCION



MADRID.—ENTRADA DE LOS JARDINES DEL RETIRO.

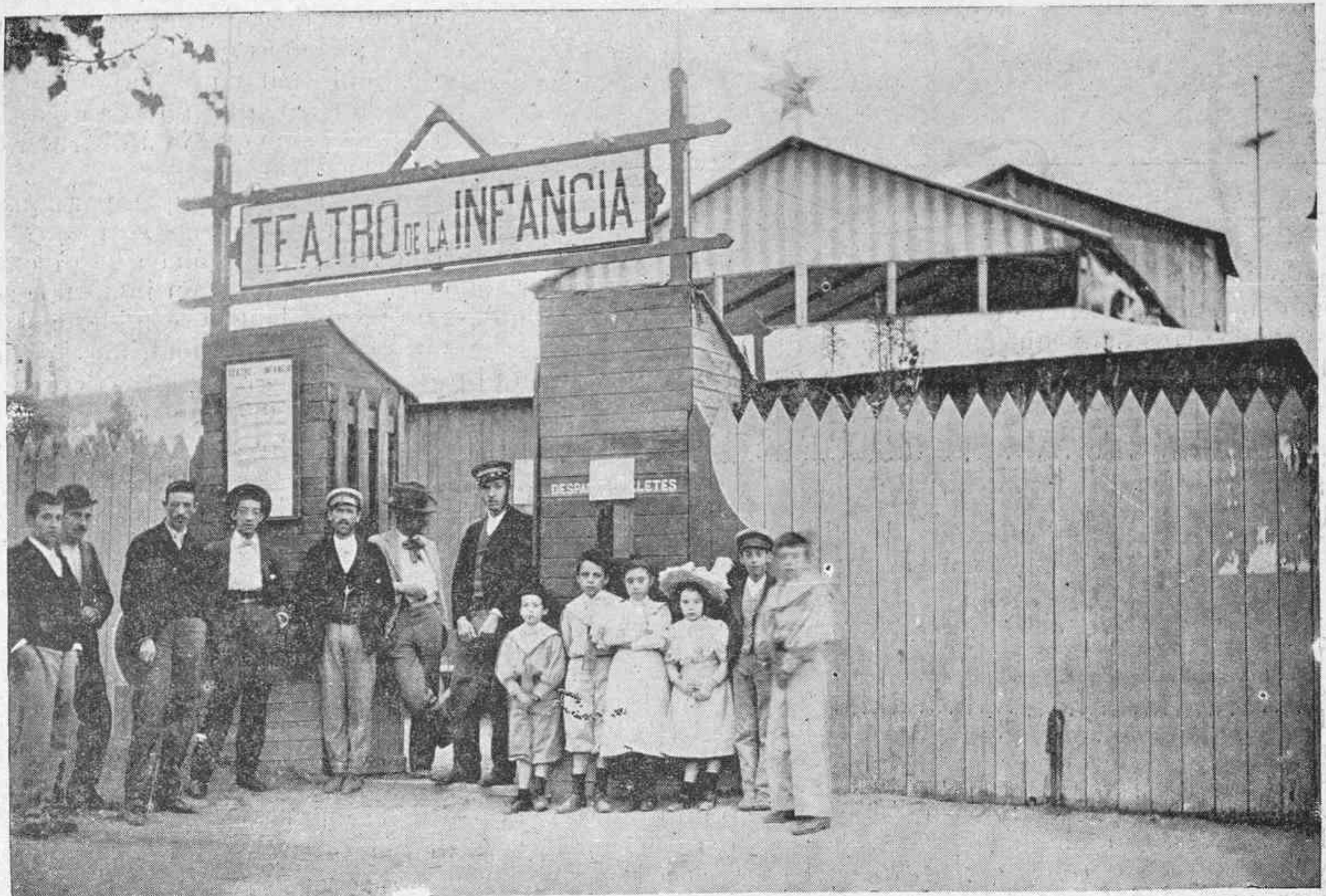
(Dibujo de Mota.)

UN ESTRENO EN EL «GUIGNOL»

Puede que haya quien se asombre al comprender por el título puesto que vamos á tratar de un teatro de *monos*, y puede que haya literato que pase desdeñosamente la hoja, diciendo enfáticamente que esto es una prueba más de la decadencia del arte.

Probablemente el que tal diga será algún autor del *género chico*, y el que se sienta perplejo, alguno que medite poco y se deje llevar de la impresión primera.

Sin embargo, no existe razón para asombrarse ni para censurar. Sobre que el teatro *Guignol* es un divertimento que tiene su público, público numeroso, entusiasta, sano, quizá el más sano de cuantos pu-



LOS ACTORES Y PARTE DEL PÚBLICO Á LA ENTRADA DEL LOCAL.

dieran citarse, y esto justifica el que nosotros hablemos de él. ¿Qué diferencia en perjuicio del arte, del buen gusto y de la cultura puede establecerse entre las obras y los actores del teatro *Guignol* y los de cualquier teatro *por horas* de esos á que asiste público grande?

Fantoches, mucho más fantoches que los que actúan en el *Guignol*, suelen ser algunos cómicos del *género chico*; perjudiciales para el buen gusto, mucho más perjudiciales que las obras que se representan en el *Guignol*, son las que se ofrecen en aquellos teatros; y en cuanto al arte, ¿quién se atreve á afirmar que está más dignamente representado en ciertos teatros que en el teatro de los muñecos?

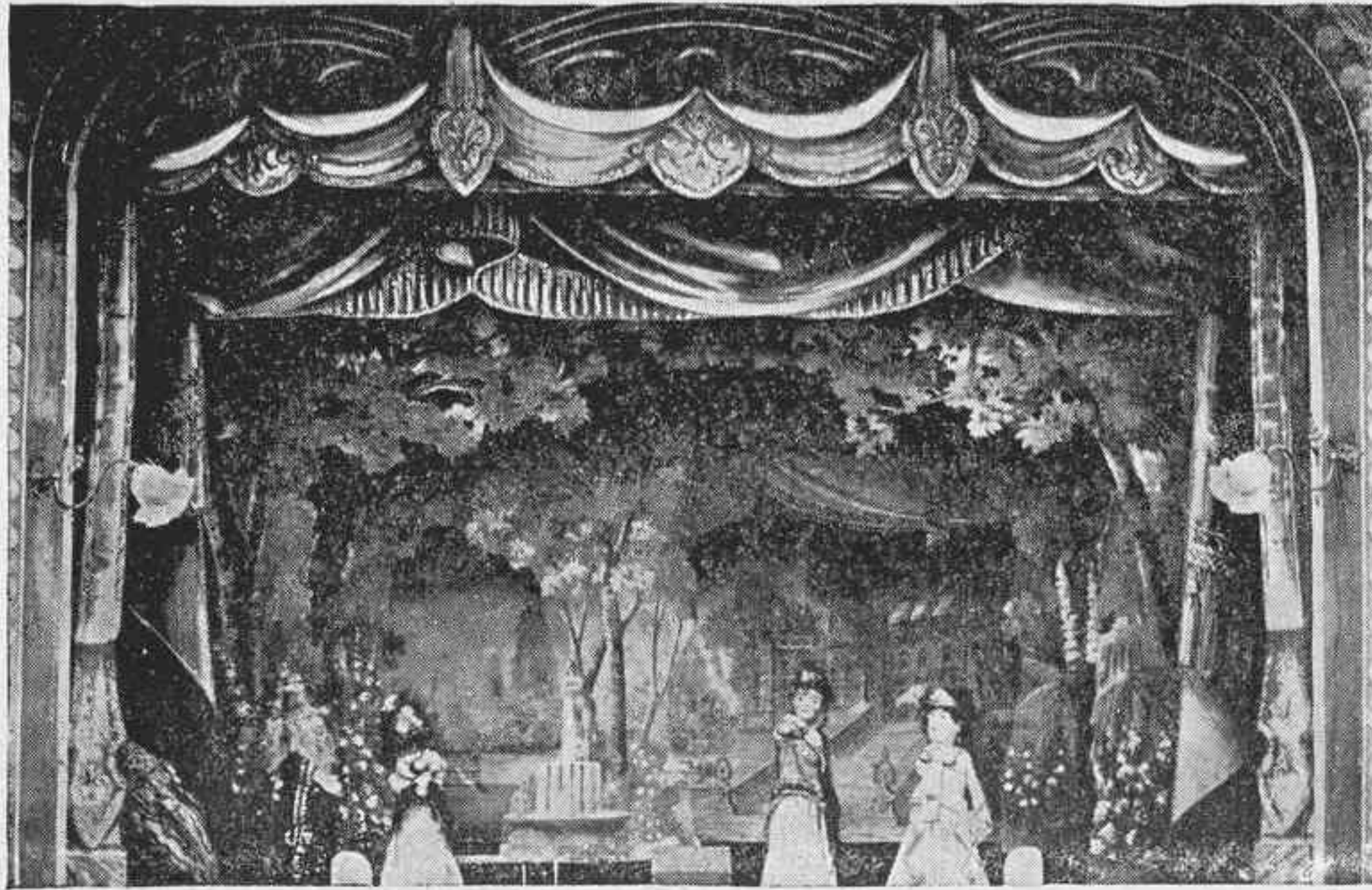
De cualquiera de esos teatros grandes sale uno con el ánimo entristecido; aquellos hombres, que parecen monos, hablan mucho más de decadencia, no sólo del arte, sino de la raza, que estos monos que parecen hombres. En aquellas retorcidas del ingenio, que se traducen en chistes incultos, hay algo que atenta más alevosamente á la moral, al buen gusto y al respeto que el público merece que en las ingenuidades puestas en boca de los muñecos.

Un espíritu sano sale de un teatro *en forma* pesaroso de que le hayan hecho reír á fuerza de groserías é incongruencias. Del *Guignol* se sale satisfecho, alegre, con fe de que todavía hay inocencia por el mundo, de que aún puede sorprenderse la risa ingenua en las caritas sonrosadas, en que tan mal sienta la doblez y la picardía.

En esto, que divierte sin ofender, hay sin duda más elevación de propósito que en aquello que divierte ofendiendo.

Cuando entramos en el *Guignol*, Asenjo, que se proponía hacer algunas instantáneas de la escena y del público, y yo, que me proponía recordar cosas olvidadas para escribir un articulillo, experimentamos grata sorpresa.

No es ahora el *Guignol* una barraca al aire libre, como lo era en mis tiempos; es un teatro en miniatura, con todo el aspecto y con todas las comodidades que ofrecen los demás.



UNA DE LAS DECORACIONES.

Palcos, butacas, galerías, orquesta de piano y violín; una embocadura en toda regla, de cuyo borde inferior destaca la concha entre candilejas que arrojan su luz sobre el escenario.

¿Y el público? Si no han asistido ustedes á una función, creerán, como yo creía anteriormente, que en su mayor cantidad estaría compuesto por niños, y que sólo alguna mamá, alguna niñera acompañándoles, rompería la nota infantil, el simpático conjunto de caritas alegres. Pero no, señor; además de las acompañantes de los niños hay mucho público mayor de edad, que no va á divertir á su prole, sino que va á disfrutar del espectáculo.

Señores mayores que, por aquello de que los extremos se tocan, encuentran distracción en las diversio-

nes de los niños; alguna modista con su novio que, al pasar charlando de amores, sintieron infantil deseo, como suelen ser los del amor cuando aún no ha turbado su limpidez un pensamiento pecaminoso; algún respetable matrimonio que anhela recordar su niñez lejana, saltando más allá de la vida matrimonial, más allá de la juventud, á la misma infancia, cuando ni se conocían ni podían sospechar su mutuo destino.

De este conjunto abigarrado de niños, jóvenes y viejos, conjunto alegre si se le considera despacio, por lo que tienen de común los anhelos de los que lo forman, destaca con tono triste, con vigor sombrío, en que á mí se me antoja adivinar dramas conmovedores, la figura del anciano solo.

Se comprende que una parejita de jóvenes vaya al *Guignol* á divertirse, y una pareja de ancianos vaya á lo mismo....., á recordar cambiando impresiones, pero que vaya solo un hombre con la cabeza blanca.....

Yo creo que en el fondo tiene algo de triste.

*
* * *

El rey Midas llamábase la obra cuyo estreno íbamos á presenciar.

En el público se notaba mucha expectación, porque se sabía que para ella habíanse pintado nueve decoraciones y confeccionádose multitud de trajes de lujo.

Los niños, impacientes, palmoteaban; uno muy pequeñín, aun más impaciente que los otros, gritaba con lengua estropajosa:

—¡Aiba e tapol.....

Aumentó el resplandor de las candilejas, sonó un timbre, se alzó el telón y dió comienzo el estreno.

El rey Midas es un ambicioso que sólo anhela amontonar riquezas; está casado y tiene una hija joven, cuyo destino desea conocer, para lo cual convoca á los magos, excepción hecha del *rey* de ellos, á quien, en su soberbia, no quiere reconocer autoridad.

Ante los Reyes y la Princesa preséntanse los adivinos, que predicen prosperidades sin cuento á la heredera del trono; cuando van á retirarse los magos preséntase su *General*, digámoslo así, el mago-*rey*, quien, encarándose con Midas, le advierte que vengará el desaire que le ha hecho convirtiendo á su hija en estatua de oro si para aplacar sus iras no reparte sus bienes entre los pobres y persiste en su innoble afán de acumular todas las riquezas del reino.

Desdeña el Rey las observaciones y amenazas del mago, y éste se retira con su corte, jurando vengarse. En efecto: desde aquel instante todo cuanto el Rey toca se convierte en oro; los manjares, los muebles, hasta su palacio y las flores de su jardín; preocupado y ensoberbecido al reconocer su inferioridad, amenaza á su esposa y á su hija, que se truecan inmediatamente en estatuas. Entonces el Rey implora la clemencia divina, y un ángel que se le aparece aconséjale que ponga coto á su ambición para que Dios, todo poderoso, le libre de tan duras pruebas. El Rey, arrepentido, promete distribuir todos sus bienes entre los pobres de su reino, y como por encanto animanse las estatuas de su hija y su esposa, y recobran su estado todos los objetos convertidos.



LOS PERSONAJES MÁS POPULARES.

Ofrécese por tan fausto hecho gran fiesta en palacio, á la que asisten las piedras preciosas en forma de hadas, y la comitiva desciende á la gruta encantada en que el Rey tenía escondidas sus riquezas, que, cumpliendo su voto, reparte entre los pobres.

Este sencillo asunto, de provechosa enseñanza, exornado con preciosas decoraciones, trajes lujosos y agradable música, constituyen la obra, que fué muy del agrado de los espectadores.

Verdaderamente es asombroso el progreso que se nota en lo que al teatro *Guignol* se refiere. Nada tienen que envidiar esas decoraciones de espectáculo de *El rey Midas*, como la marina, el jardín real y la gruta, á las más vistosas y complicadas de los teatros grandes; mutaciones y cambios ofrecen una precisión admirable, y los trajes multicores de los muñecos, adornados con lentejuelas, pueden competir por su lujo con los que exhiben los actores del género chico en las obras de gran atracción, con la ventaja de que aquéllos no descubren encantos femeninos que la moral y la decencia rechazan.

* * *

Entre los actores del *Guignol* hay figuras verdaderamente notables. Las que mayor personalidad han



LA SALA VISTA DESDE EL ESCENARIO.

adquirido son la *vieja*, el *corregidor* y *Gedeón*, que vienen á ser algo así como instituciones en aquel teatro. Cosa parecida á lo que es la Valverde, Rodríguez, los Mesejos y Julio Ruiz en el género á que pertenecen.

Dicho sea, por supuesto, sin ánimo de molestar á tan apreciables actores, y estableciendo las consiguientes diferencias de condición y clase que sin duda tienen que existir entre figuras de carne y hueso y figuras de cartón-piedra, aunque á veces no se noten tan á primera vista como parece lógico que debían notarse.

Muñeco hay de éstos del *Guignol* que ha conquistado triunfos tan ruidosos como los que han hecho célebres á los mencionados actores de carne. Como pasa con Rodríguez ó con Mesejo, con la Valverde ó con Ruiz, que en cuanto asoman al escenario comienza á reír el público; la *vieja* y el *corregidor* pueden competir, en su clase, con el más famoso de los cómicos; verlos y reírse es todo uno, pero á *mandíbula batiente*, como dicen los que pregonan objetos de sorpresa para dar chascos á los amigos.

En cuanto á las obras, hay algunas que han obtenido 40 representaciones; en proporción, éxitos tan grandes como los mayores del teatro por horas. *La Maja* y *Otro Frégoli* son de las que han logrado este privilegio, que aún en mayor escala suponemos que ha de estarle reservado á *El rey Midas*.

* * *

Confieso que salí del *Guignol* con sentimiento, todo lo contrario de lo que me sucede cuando voy á un teatro grande.

Porque además de que aquello es mucho más alegre, mucho más divertido de lo que suele ser lo que nos sirven las empresas, los autores y los cómicos que ahora se estilan, trae á la memoria, de los que ya no somos niños, recuerdos de las satisfacciones más sanas, más puras, más hermosas que se experimentan en el transcurso de la vida.

C. CONTRERAS Y CAMARGO.

(Fotog. de Asenjo.)

ACTUALIDADES



D. LUIS VIDART.

DON LUIS VIDART

El día 9 del corriente falleció en Madrid este sabio y erudito escritor, que alcanzó una reputación envidiable en todas las ramas de la ciencia y del arte, que cultivó con asiduidad incansable y con profundo criterio.

El nombre de D. Luis Vidart será recordado siempre por ir unido á estudios interesantísimos, referentes á la historia, á la filosofía y á la literatura españolas. Sus notabilísimos libros, folletos y artículos referentes á los *Filósofos españoles*, y á cuestiones cervantistas y colombinas, no menos que sus trabajos técnicos de índole puramente militar y que sus obras poéticas y dramáticas, constituyen una gloria positiva para el ilustre escritor, á cuya excelente memoria nosotros sólo podemos dedicar este modestísimo recuerdo.

(Fotog. del Sr. de Gabriel.)

EL VIZCONDE DE IRUESTE

A consecuencia de haber presentado la dimisión el Gobernador civil de esta provincia, Excmo. señor Conde de Peña Ramiro, ha sido nombrado para desempeñar dicho cargo el Excmo. Sr. D. José Figuerola y Torres, vizconde de Irueste, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

El nombramiento del Sr. Vizconde de Irueste ha sido muy bien recibido en Madrid, donde cuenta con generales simpatías, lo mismo en la clase aristocrática que en las populares. Amigo y protector de los artistas, el noble prócer es hombre de actividad incansable, y por todos conceptos la persona más á propósito para cumplir con acierto la difícil misión que le ha sido confiada.



EL VIZCONDE DE IRUESTE, NUEVO GOBERNADOR DE MADRID.

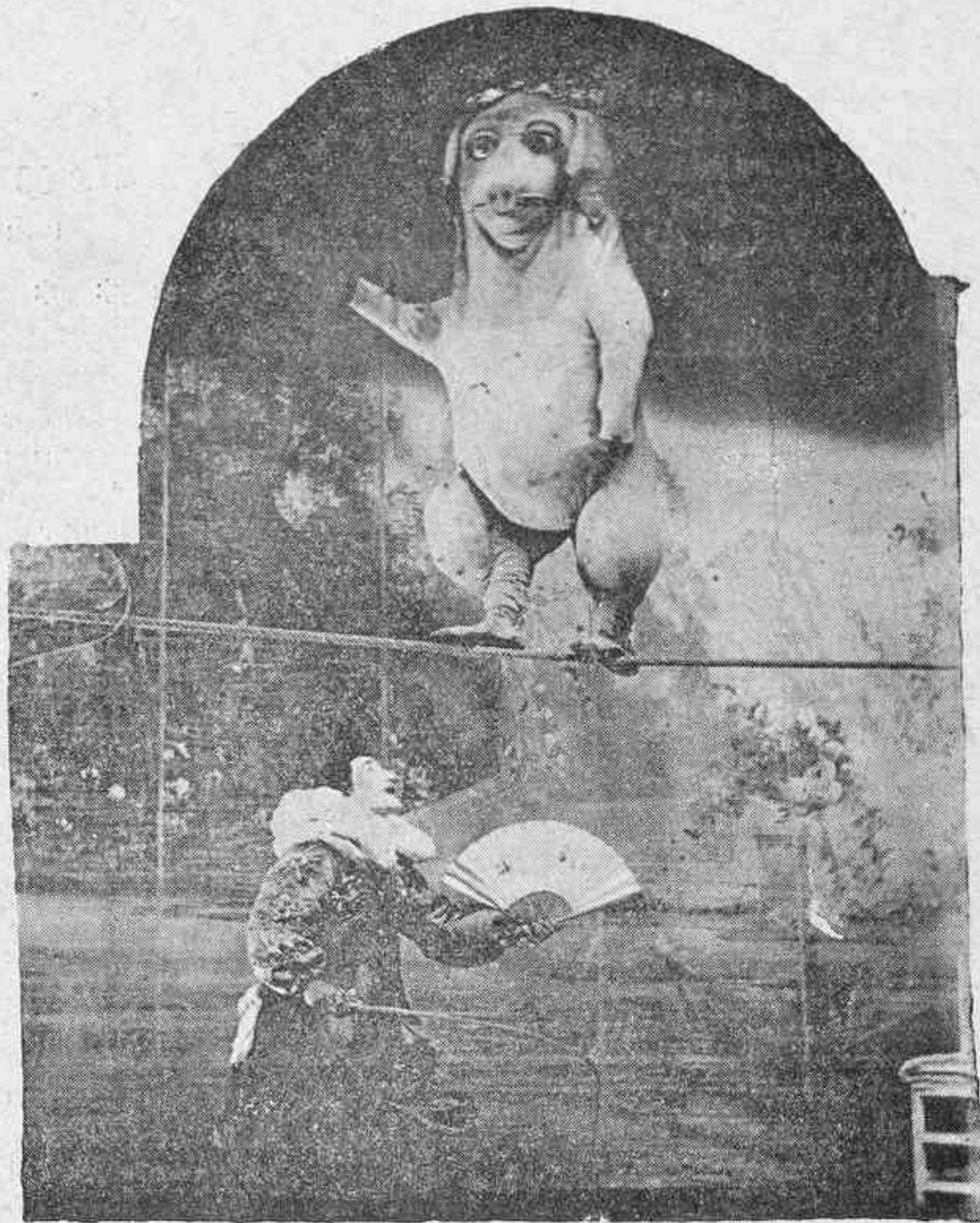
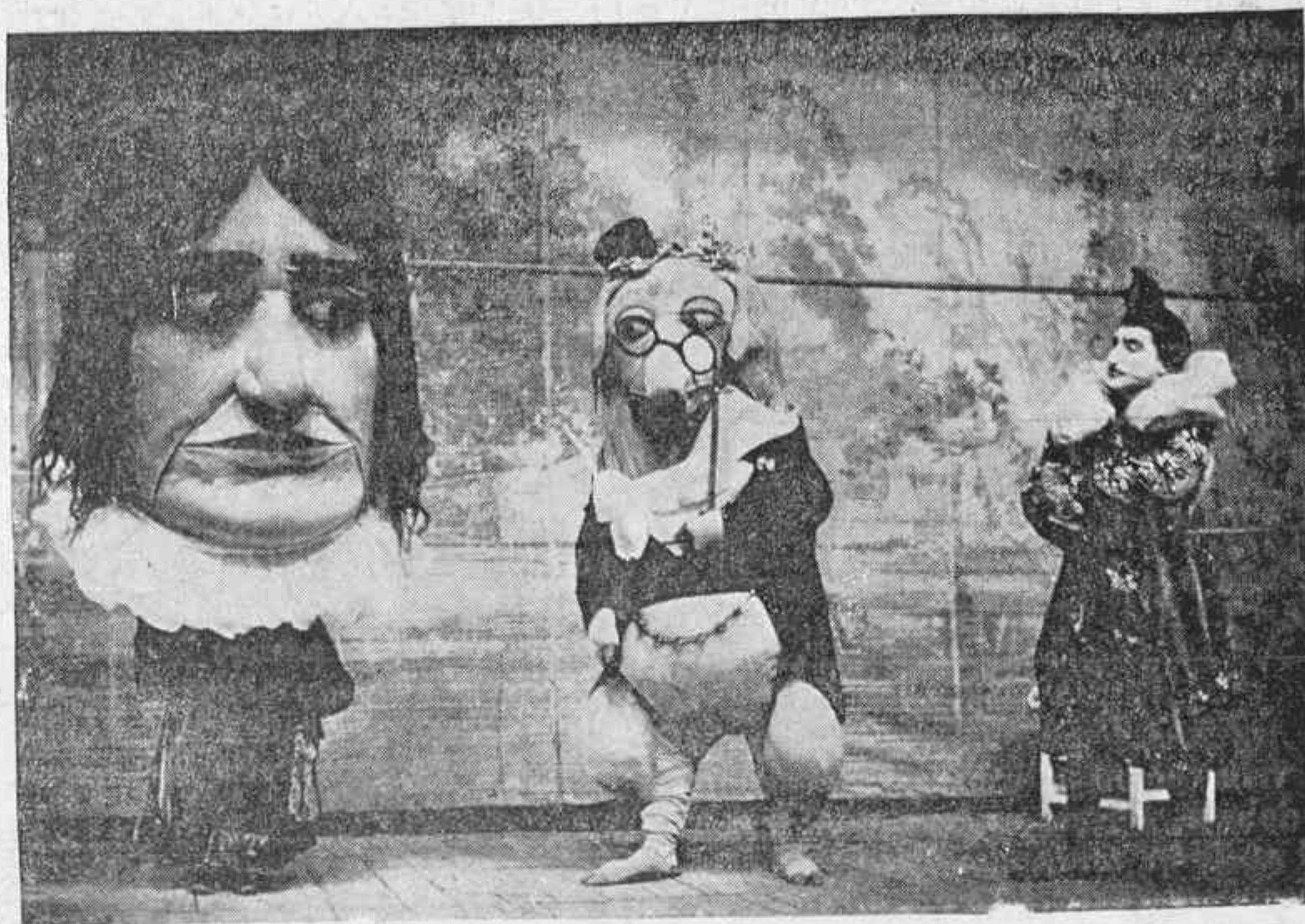
EL CERDO ENAMORADO

Actualmente se representa en el circo de la Plaza del Rey una graciosa y original pantomima, cuyo título es el mismo que sirve de epígrafe á estas líneas.

El popular clown Pi-Ouitt exhibe á un cerdo mecánico, que es la última palabra en materia de pantomimas, y que lleva todas las noches al popular circo una numerosa y distinguida concurrencia.

El famoso cerdo, que aparece correctamente vestido de frac y sombrero de copa, hace el amor, con todas las reglas del arte de Cupido, á la señora de sus pensamientos, cuyo retrato también publicamos. Ella escucha ruborosa y anhelante como una colegiala. Él entonces, con toda la elegancia y finura propias de las circunstancias, la ofrece un precioso *bouquet*, que ella se come.

Pi-Ouitt, que no puede permitir aquellos amores por razones que él seguramente no ignorará, hace que las chicas que han sorbido el seso al célebre compañero de San Antón desaparezcan por el foro, y



entonces comienza la segunda parte de la pantomima, en la cual el cerdo realiza verdaderas maravillas en la cuerda floja, baila como el más consumado discípulo de Terpsícore, y termina dando unos saltos inverosímiles.

La concurrencia ríe y aplaude con verdadero entusiasmo las habilidades del cerdo mecánico, que es un verdadero prodigio y constituye un espectáculo originalísimo.

Hora es ya de que desaparezcan de los circos los caballitos y otras antiguallas por el estilo, que fueron el encanto de la niñez de nuestros respetables mayores.—L. R. M.

(Fotog. de Asenjo.)

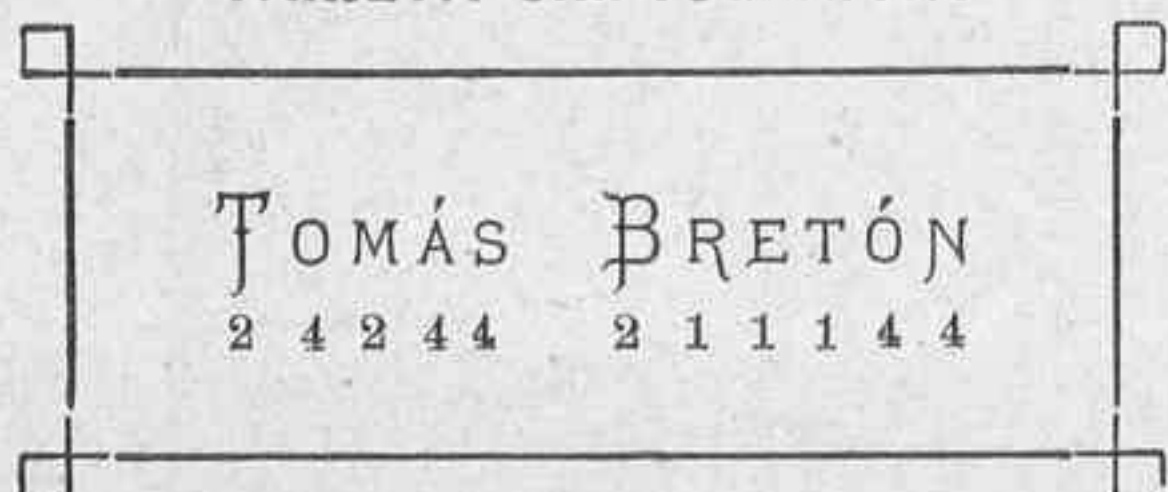
BATURRILLO

A.... tiene sus defectos, pero tiene para compensarlos un buen corazón.

La otra noche, al retirarse, se encuentra en la calle á un pobre ciego que caminaba tanteando el terreno con su palo.

—¡Ah, infeliz! Tome usted—dice A....— para que pueda usted subir las escaleras. Y pone en la mano al ciego una caja de fósforos.

TARJETA CRIPTOGRÁFICA



Con las letras del nombre, empleadas tantas veces como indican las cifras colocadas debajo, formar un cuadrado; y con las del apellido, un rombo que horizontal y verticalmente expresen:

En el cuadrado: 1.º, tiempo verbal; 2.º, nombre de varón; 3.º, río de Gerona; 4.º, constelación (plural).

En el rombo, 1.º, consonante; 2.º, bebida; 3.º, en los trajes; 4.º, personaje bíblico; 5.º, punto cardinal.

En un salón una señora habla por los codos, y además con una lengua de hacha.

—¡Qué modo de cortar y de morder!— dice uno de los concurrentes á otro.

—¿Sabes por qué lo hace?— contestó éste. —Para acreditar al dentista que le ha puesto la dentadura.

CHARADA



«Antiguamente las amazonas se hicieron famosas por su valor en los campos de batalla: con brazo poderoso manejaban la lanza y derribaban por docenas á sus enemigos.» Hoy, en lugar de la lanza, manejan el abanico: ¿se habrá debilitado el valor y la fuerza de nuestras mujeres?

—¡Ah, simple! Hoy las mujeres tienen el mismo instinto guerrero; lo único que han cambiado son las armas. Con sus lenguas hacen más estragos que las amazonas con sus lanzas; éstas sólo derribaban á los *enemigos*; las de hoy no perdonan ni á los *amigos*.

PENSAMIENTOS

No hay salud posible para el hombre si el progreso no se realiza mediante el desarrollo de la inteligencia. ¡Instruid y enseñad! Todas las revoluciones del porvenir están incluidas en estas palabras: Enseñanza gratuita y obligatoria.

Más valen los cántaros que van á la fuente que las ánforas de puro ornato.

Ser grande y no amar es ser monstruoso.

MARCO MÁGICO DE ESTRELLAS GEOGRÁFICO

POR A. NOVEJARQUE.

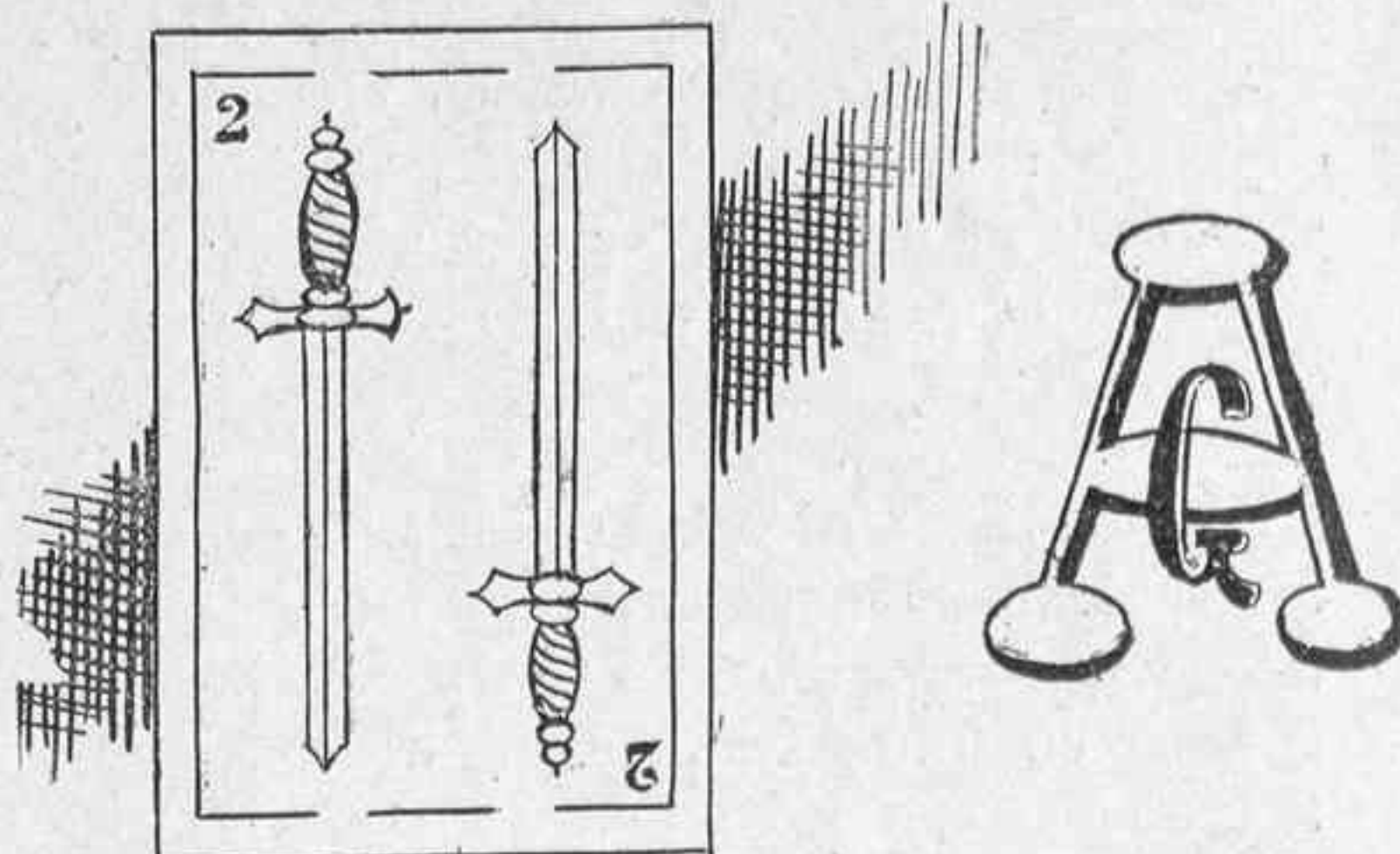
1.ª * * * * *

* Reemplazar las *setenta* estrellas por letras que, leyéndolas en grupos de dos *letras*, se lean los siguientes significados, empezando por la 1.ª, y dando la vuelta hacia la derecha á todo el marco: 1.º, artículo; 2.º, infinitivo; 3.º, interjección; 4.º, nota musical; 5.º, tiempo verbal; 6.º, preposición; 7.º, adverbio; 8.º, contracción gramatical; 9.º, infinitivo; 10, ninfa mitológica; 11, río de Italia; 12, bebida; 13, pronombre; 14, nombre de letra; 15, tiempo verbal; 16, preposición; 17, artículo; 18, preposición; 19, tiempo verbal; 20, artículo; 21, nombre de letra; 22, adverbio; 23, artículo; 24, pronombre; 25, río de Italia; 26, nota musical; 27, tiempo verbal; 28, nota musical; 29, tiempo verbal; 30, artículo; 31, tiempo verbal; 32, preposición; 33, naipes; 34, artículo; y 35, nota musical.

* Y ahora, leyéndolas en grupos de *cinco letras* empezando también por la 1.ª, expresarán: 1.º, río de Francia; 2.º, provincia de España; 3.º, ciudad de Alicante; 4.º, río de Cádiz; 5.º, villa de Santander; 6.º, ciudad de Jaén; 7.º, isla de Grecia; 8.º, río de Huelva; 9.º, río de Córdoba; 10, población de Siria; 11, población de Rusia; 12, provincia de España; 13, capital de Austria; y 14, río de Oviedo.

* * * * *

JEROGLÍFICO



—¿Por qué te has de emborrachar?
—Por ver si ahogo mis penas.
—¿Y lo consigues?
—Apenas.
—¡Si todas saben nadar!

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL SALTO DE CABALLO:

«LA REVISTA MODERNA» EN ESPAÑA
(ACRÓSTICO)

Guadalajara, Navarra, Logroño, Cáceres, Viver, Avila, Yeste, Potes, Alava, Salamanca, Segovia, Cádiz, Almería, Soria, Granada, Tarragona.

Colocar las precedentes poblaciones de Es, aña unas debajo de otras, de modo que con la letra central de cada una de ellas se forme en acróstico el título de un semanario madrileño.

(ACRÓSTICO):

GUADALAJARA
NAVARRA
LOGROÑO
CÁCERES
VIVER
ÁVILA
YESTE
POTES
ÁLAVA
SALAMANCA
SEGOVIA
CÁDIZ
ALMERÍA
SORIA
GRANADA
TARRAGONA

Á LA CHARADA:

TORRI LAVEGA.

No se devuelven los originales que se reciban, ni se abona cantidad alguna por los trabajos que no se hayan encargado, aun en el caso de que lleguen á publicarse.

Agente exclusivo en Buenos Aires: D. Jesús Bulfy, Director de «El Guerrillero Español».

MADRID.—EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA».